

*Sección uno: Ensayos*

*Teoría crítica y marxismo en las ciencias sociales y humanas: alcances, limitaciones y reconfiguraciones.*

## **Cultura política y marxismo en el socialismo real<sup>1</sup>**

Political Culture and Marxism in Real Socialism

Mario Rosano Alloza  
Universidad de Cádiz  
mario.rosano@uca.es

### **Resumen**

¿Son los estudios de cultura política compatibles con un enfoque materialista? El presente artículo tratará de responder a esta pregunta atendiendo a la evolución de este término en el ámbito académico del socialismo real. Para ello, se trazará una breve historia de los orígenes y desarrollo del concepto a través de la consideración de los contextos históricos, políticos, intelectuales e ideológicos en los que este fue generado.

**Palabras clave:** cultura política, marxismo-leninismo, URSS, ciencias sociales.

### **Abstract**

Are the studies of political culture compatible with a materialist approach? This article will try to answer this question considering the evolution of this term in the academic field of real socialism. To do this, a brief history of the origins and development of the concept will be traced, taking into account the historical, political, intellectual and ideological contexts in which was generated.

**Keyword:** political culture; marxism-leninism; USSR; social sciences.

---

<sup>1</sup> Recibido: 09/01/2023 Evaluado: 16/01/2023 Aceptado: 09/02/2023.

\* Este trabajo ha sido posible gracias a la financiación aportada por una Ayuda para la Formación del Profesorado Universitario (FPU19/01913).

## Introducción

En un momento histórico como el de finales de los años cincuenta, que demandaba conocimientos para hegemonizar y dirigir el devenir de las nuevas naciones y los procesos de descolonización del Tercer Mundo, algunos politólogos estadounidenses, entre quienes se encontraban Gabriel Almond, Sidney Verba y Lucian Pye, se propusieron descubrir los fundamentos de los sistemas democráticos para establecer un modelo de desarrollo político que coadyuvase a transformar países “políticamente subdesarrollados” en democracias liberales de corte anglosajón (Pye & Verba, 1965). Para estos autores, lo que debía exportarse de este tipo de sistemas políticos de cara a construir la democracia no era tanto una cuestión de instituciones formales como de actitudes y sentimientos (Almond & Verba, 1970, p. 21). Por ello, su aportación científica consistió en trascender el estudio de las condiciones económicas y sociales de los países para centrarse en el análisis de los cimientos de su edificio político. En un sentido general, esta base del edificio político fue catalogada como “cultura política” y definida como el patrón específico de pautas de orientación hacia los objetos políticos expresados por los ciudadanos de una unidad nacional dada (Almond, 1956, p. 396).

A la hora de poner en marcha sus análisis, Almond, Verba y Pye abordaron los conocimientos, sentimientos y valoraciones de los ciudadanos con respecto a cuatro clases de objetos políticos, a saber: el sistema global; sus *inputs* (estructura, roles políticos y procesos de decisión); sus *outputs* (decisiones legislativas, administrativas y jurisdiccionales); y, por último, su autopercepción como actores en el marco de dicho sistema (Diego, 2006, p. 237). Atendiendo a la distribución de estas orientaciones psicológicas, los autores norteamericanos construyeron una taxonomía de tipos ideales político-culturales cuya finalidad era la de trazar perfiles capaces de informar acerca de la distancia que separaba a los sistemas políticos concretos de los países analizados de las democracias liberales atlantistas a las que pretendían conducirlos. Así, dependiendo de la especificidad política de las orientaciones que las conformaban, las culturas políticas típico-ideales podían ser parroquiales, de súbdito o de participante según fuesen más o menos políticamente activas y, por tanto, estuviesen más o menos preparadas para llegar a la meta cívica proyectada por este conjunto de científicos, es decir a la cultura cívica, que además de dar nombre a la obra clave en los estudios de cultura política (Almond & Verba, 1970), era una mezcla equilibrada de todas aquellas disposiciones político-culturales (Diego, 2006, pp. 237-238).

Según los propios autores a los que nos estamos refiriendo, los componentes que alimentaron sus investigaciones fueron fundamentalmente tres:

(...) la tradición sociológica de Weber, Durkheim, Mannheim, Parsons y otros; la tradición psicológica de Graham Wallas, Walter Lippman, William McDougall, E. L. Thorndike, Paul Lazarsfeld, y otros; y la tradición psicoantropológica derivada originalmente de Freud que incluye a Theodore Adorno, Max Horkheimer, Else Fraenkel-Brunswik, Nevitt Sanford, Ruth Benedict, Margaret Mead, Harold Lasswell, Alex Inkeles, Daniel Levinson y muchos otros”. (Almond, 1990, p. 142)

Sin embargo, desde un punto de vista externo podría señalarse que la obra de Almond, Verba y Pye se caracteriza mucho más por el doble contexto en el que fue escrita que por integrar en una sola teoría a todos los componentes de este peculiar *dramatis personae*. Dicho contexto está conformado por la revolución behaviorista y la teoría de la modernización.

El behaviorismo fue un paradigma científico que trató de asemejar la politología, hasta la década de 1950 dominada por la influencia de la filosofía, a las pujantes y prestigiosas disciplinas formales de la época. En aquel momento, esta demanda de “cientificidad” abrió nuevos marcos conceptuales y modelos explicativos a través de una serie de cambios metodológicos que redundaron en una suerte de “cuantitativización” disciplinaria (Battle, 1992). En efecto, para los autores behavioristas la clave de la nueva politología ya no residía en el estudio de las instituciones sino en la evaluación del factor cognitivo a través de las nuevas técnicas empíricas de observación y medición (especialmente las encuestas de opinión), que para el propio Almond cumplían un papel similar en el análisis político-cultural al que los microscopios desempeñaban en la biología (Almond, 1990a, p. 142). Todos aquellos que trabajaron bajo la égida de esta nueva tendencia se afanaron, pues, en reunir datos representativos de sociedades complejas, obtener y organizar respuestas en dimensiones homogéneas y relacionar variables conceptuales, actitudinales y de comportamiento (Llera, 1997, p. 48). Por su parte, la teoría de la modernización fue el paradigma ideológico que configuró la política exterior estadounidense en las décadas de 1950 y 1960. Sus principios básicos fueron la distinción entre sociedades modernas y sociedades tradicionales; la interdependencia entre los cambios económicos, políticos y sociales; la suposición de que el desarrollo hacia la modernidad, entendida esta como capitalismo, era universal y lineal; y la creencia de que el contacto con Occidente era la única vía a través de la que los países pobres podrían llegar a desarrollarse, evitando de tal modo la amenaza de la subversión comunista (Martín García, 2015, p. 29).

Atendiendo a lo dicho, es posible preguntarse hasta qué punto el concepto de cultura política puede tener recorrido en un ámbito científico como el marxista, cuyas raíces teóricas e ideológicas parecen estar situadas en las antípodas de la propuesta behaviorista, modernizadora y anti-comunista protagonizada por Almond, Verba y Pye. Algunos historiadores del concepto, como el profesor Stephen Welch, han bosquejado una respuesta a tal interrogante postulando que en el marxismo de Karl Marx, Friedrich Engels, Antonio Gramsci o Edward Palmer Thompson se habría producido un “desplazamiento teórico” mediante el que las problemáticas a las que hace referencia la idea de cultura política fueron analizadas con herramientas que eluden sistemáticamente la propia teorización de este concepto. Sin embargo, de nuevo según Welch, el “marxismo economicista”, es decir el marxismo-leninismo practicado en el seno de los países del campo socialista, no habría prestado atención ni siquiera a estas temáticas político-culturales implícitas en los análisis de la realidad efectuados por su homólogo occidental, ya que, desde un punto de vista radicalmente materialista, esta clase de fenómenos estarían situados en una posición subalterna en la cadena causal de los fenómenos humanos (Welch, 2013, pp. 63-83).

En nuestra opinión, tal como lo demuestran algunas obras de los autores aludidos (por ejemplo, Engels, 1975; Gramsci, 1974; Thompson, 1995), la hipótesis del “desplazamiento teórico” tiene una indudable validez. Sin embargo, la consideración de que el marxismo-leninismo ignoró deliberadamente todo lo que tiene que ver con la cultura política es un planteamiento erróneo. Incluso el propio Almond decía que, en la medida en que el cambio de un modo de producción a otro estaría acompañado e incluso impulsado por un cambio en las actitudes de los agentes, la cultura política era un tema “poderoso” en la teoría leninista (Almond, 1990a: 159-161). Como mostraremos más adelante, las disciplinas científico-sociales de los países del campo socialista no solo desarrollaron investigaciones y reflexiones centradas en la cultura política como temática de estudio, sino que, para bien o para mal, importaron el concepto

directamente del mundo anglosajón. Aunque, como hemos sugerido, la idiosincrasia teórica e ideológica de Almond *et alii* parece ser antitética a la de los científicos sociales de la URSS y las democracias populares, la realidad es que estos últimos supieron adaptar el término que nos ocupa al marco teórico materialista propio del marxismo-leninismo oficial, dando como resultado un producto analítico ecléctico y necesariamente polémico (Brown, 1986, p. 463; Wiatr, 1980, p. 106) [Jerzy Wiatr informa de la presencia de los estudios de cultura política en la República Popular de Polonia y en la República Federativa Socialista de Yugoslavia (Wiatr, 1980, p. 104). Por otro lado, toda vez que en la República de Cuba no opera ningún tipo de barrera lingüística para los investigadores de habla hispana y que el concepto ha ido ganando en popularidad desde que fuera introducido en la isla a finales del siglo pasado de la mano de Rafael Hernández y el círculo de la revista Temas, apuntamos la pertinencia de acometer un estado de la cuestión para el caso de este país (Valdés, 2003; Alzugaray, 2005; Plain, 2005). Sobre las particularidades del marxismo cubano véase Valdés García (2000)].

El presente artículo se propone revisar la evolución del concepto de cultura política en el ámbito del socialismo real. Para abordar dicha cuestión hemos utilizado una metodología esencialmente bibliográfica cuya finalidad es la de mostrar una de las posibilidades del enfoque materialista en los estudios de cultura política.

### **El lugar del concepto de cultura política en el ámbito académico e intelectual soviético**

Durante gran parte de la existencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la ingente sucesión de manuales canónicos sobre marxismo-leninismo, tratados de economía política y escritos acerca del socialismo científico consolidó las teorías de Marx, Engels y Lenin como instrumento heurístico compacto con el que interpretar y transformar la realidad (Baró, 2019 y 2020). La sustancia filosófica de este corpus, conocida universalmente como materialismo dialéctico, podría concretarse en varios presupuestos metodológicos (“la primacía del ser sobre el pensamiento, la materialidad del mundo objetivo, el carácter dialéctico de la realidad y la teoría del conocimiento del ‘reflejo’” [Blakeley, 1969, p. 42]) que se mantuvieron más o menos incólumes en el subsuelo doctrinal soviético desde la publicación de las primeras síntesis y codificaciones del pensamiento de Vladimir Lenin (Stalin, [1938] 2017) hasta el inicio de la *perestroika* (Baró, 2019, pp. 249-250; Baró, 2020, pp. 186-187; Sandle, 1997, p. 111). Esta concepción del mundo también conformó los cimientos de la visión marxista de la historia y de la sociedad, es decir del llamado materialismo histórico (Stalin [1938] 2017, p. 593). El materialismo histórico, cuyas raíces teóricas se remontan a la archiconocida *Ideología alemana* (Marx & Engels, 1974) y al polémico prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, 2001), sería, por tanto, “un cuerpo de conceptos abstractos que sirve a los trabajadores intelectuales como instrumento para analizar, en forma científica, las diferentes sociedades, sus leyes de funcionamiento y desarrollo” (Harnecker, 1969, p. 6). Al igual que el materialismo dialéctico, el materialismo histórico está basado en una serie de premisas que aluden al carácter material y dinámico de la realidad. Estas premisas son las siguientes: “las fuerzas productivas cambian y se desarrollan a través de la historia, determinando los cambios en las relaciones de producción y, ulteriormente, en la sociedad como un todo” (Sandle, 1997, p. 111); y “la historia evoluciona a través de [la llamada *pyatichlenka* (Markwick, 1994, p. 583), es decir, a través de] cinco formaciones universales y predeterminadas que desembocan inevitablemente en una sociedad comunista sin clases” (Sandle, 1997, p. 111).

Todas estas ideas determinaron el devenir de, por utilizar la expresión de Thomas Kuhn (2010), la “ciencia [social] normal” soviética. Sin embargo, pese a su aparente uniformidad vertebradora, durante las décadas de 1960 y 1970 en el seno de la ciencia marxista-leninista oficial brotaron una serie de conatos de renovación que impugnaron este conjunto de principios mediante la puesta en cuestión de la *pyatichlenka*. Generadas en la trastienda de la Academia de Ciencias de la URSS, todas ellas constituyeron una suerte de “disidencias legales” (Markwick, 1994, p. 579) que a duras penas lograron traspasar el muro de la oficialidad doctrinal, sellado a cal y canto por la cúpula de la burocracia institucional del país de los Soviets (Kara-Murza, 1989, p. 407). Como consecuencia, sus artífices, que provenían de disciplinas como la historiografía, la sociología o la etnografía, se vieron impelidos a readaptar, con mayor o menor grado de convicción – y de aceptación por parte de los aparatos de la administración del Estado –, sus innovaciones y propuestas al paradigma ideológico dominante (Gellner, 1997, p. 164; Kurakin, 2017, p. 402; Markwick, 1994, p. 585; Sandle, 1997, p. 112) [Para no alimentar la portentosa imaginación anti-comunista de los partidarios de la teoría del totalitarismo, creemos pertinente precisar que el control sobre la ciencia no es una característica exclusiva de los países del socialismo real. Como apuntan los historiadores de la ciencia Mariano Hormigón y Serguei Kara-Murza, “[e]s lógico que cada régimen político cuide muy celosamente de la esfera productora de conocimiento, precisamente porque esta producción influye poderosamente en las bases ideológicas del régimen. A la vez, la ideología dominante constituye para los propios científicos una parte importante de todo el sistema de comunicaciones científicas, proporcionando a las innovaciones intelectuales una capa protectora que facilita la percepción del mensaje” [subrayados en el original] (Hormigón y Kara-Murza, 1990, p. 449)].

Según el politólogo británico Archie Brown, en la URSS existía:

(...) un proceso de interacción entre académicos y líderes del partido en el que, por lo general, las ideas y los conceptos son formulados primero por eruditos particulares o un grupo o red de académicos; la dirección del partido da el visto bueno a algunos de ellos en su debido momento [...]; y luego se devuelven a los eruditos como conceptos que todos están obligados utilizar, aunque todavía hay un margen considerable para la diferencia de énfasis y para el argumento en el curso de la elaboración adicional de los conceptos. (Brown, 1986, p. 466)

Como explicaremos a continuación, esta es la lógica en la que se asentó el surgimiento de los estudios de cultura política en la investigación soviética.

Los máximos impulsores del concepto de cultura política en el circuito académico soviético fueron Fedor Burlatsky y Georgii Shakhnazarov, miembros de la intelligentsia del PCUS con una gran influencia sobre la esfera ideológica del partido (Brown, 1986, p. 456). Provenientes del grupo de consultores adscritos al Departamento de Relaciones con los Partidos Comunistas y Obreros de los Países Socialistas tutelado por Yuri Andrópov (Sandle, 1997, p. 130), estos autores publicaron algunos escritos canónicos sobre materialismo dialéctico y materialismo histórico sin alejarse demasiado en fondo y forma del “espíritu” de Otto Kuusinen, en cuyo equipo de trabajo se habían llegado a integrar para escribir los famosísimos *Fundamentos de marxismo-leninismo*, el manual por antonomasia de la época post-estalinista (Baró, 2020, p. 176; Brown, 1986, p. 447; Kuusinen, 1964; Burlatsky, 1981 y 1982). Sin embargo, más que por sus contribuciones a la “ortodoxia” [cabe señalar que no estamos utilizando el término de

“ortodoxia” en sentido analítico sino simplemente retórico. Sobre los inconvenientes de utilizar este concepto a la hora de estudiar el comunismo soviético post-estalinista véase el artículo de Peña González, Rosano Alloza y Pérez Serrano (2023)], ambas personalidades son ampliamente conocidas por lo contrario, es decir por haber formado parte del núcleo de intelectuales que contribuyeron a desmantelar oficialmente la ideología marxista-leninista a finales de la década de 1980 (Sandle, 1997, pp.127-128).

Esta aparente incoherencia biográfica, que fue catalogada por el propio Shakhnazarov como fruto de un “doble-pensar” que le empujaba a equilibrar constantemente en su cabeza “verdad y propaganda todo el tiempo” (Montgomery, 2001), explica que, durante muchos años, su círculo intelectual intentara reconciliar de alguna forma los principios fundamentales de la cosmovisión doctrinal soviética con un enfoque centrado en la importancia de la “elección humana” y de la “acción consciente” en el desarrollo de los procesos sociales (Sandle, 1997, p. 112; Shakhnazarov, 1974a, 1974b, 1978, 1979 y 1982). Así, argumentando que los fundadores del comunismo científico “habían realizado análisis muy profundos del proceso político precisamente porque habían rechazado el paradigma formal-legalista y lo habían sustituido por el método dialéctico” (Brown, 1986, p. 453), Burlatsky y Shakhnazarov encabezaron el proyecto de crear una nueva ciencia política – que hasta entonces, como ocurría con la politología americana pre-behaviorista, estaba integrada en las disciplinas del derecho y la filosofía (Brown, 1986, p. 450) – . La finalidad de la ciencia política como disciplina independiente debía ser la de solventar los “descuidos” en los que el análisis político tradicional soviético habría incurrido a lo largo de su accidentada historia. Dichos descuidos, enunciados como la ausencia de atención hacia “el factor conductual en el funcionamiento de los sistemas políticos”, la “falta de trabajo empírico” y la “debilidad en la elaboración de conceptos clave de la politología” (Brown, 1986, p. 453), provocó que los investigadores soviéticos vieran en el concepto de cultura política una manera – aunque no la más importante –, de contribuir a desarrollar la disciplina en ciernes [lo que determinaba el peso y la influencia de una disciplina no era su nivel de elaboración teórica sino su situación dentro de la Academia, mediada por la posesión de un Instituto y una revista propias. La ciencia política soviética solo pudo contar con una Asociación y un anuario (Brown, 1986, p. 450)].

Es evidente que el factor ideológico es un elemento importante para comprender el sentido de un proyecto de estas características. Como apuntaba Roger Markwick para el caso del Sector de Metodología del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS, durante la etapa Brezhnev en la voluntad de renovación científica se escondía el propósito de “llevar las decisiones del XX Congreso [del PCUS] intelectualmente a su conclusión lógica” (Markwick, 1994, p. 589). Más allá de que, en su juventud, Fedor Burlatsky ejerciera sus facultades de intelectual orgánico contribuyendo a producir “algunos de los documentos anti-estalinistas de la era de Jruschov y [a proporcionar] ideas para los discursos de Jruschov” (Brown, 2014) o de que Shakhnazarov se empapase de las reflexiones de los comunistas checoslovacos durante su etapa como miembro de la revista *Problemas de la paz y el socialismo* (Montgomery, 2001), el propósito de establecer una nueva politología tenía que ver con la intención de estos autores de examinar críticamente el rol, composición social y estilo en el trabajo del partido, así como las formas, métodos y estructura del liderazgo bajo el socialismo (Brown, 1986, p. 454).

Volviendo al concepto de cultura política, es necesario señalar que los científicos soviéticos presentaron distintas formulaciones (Brown, 1984, p. 106), y que la mayor parte de las mismas

dejan entrever tres influencias “ambientales”, a saber: una concepción romántica de la cultura, el recurso a Occidente y el enfoque materialista.

Como señala Raymond Williams, “cultura es una de las dos o tres palabras más complicadas de la lengua inglesa” (Williams, 2000, p. 87). Esta dificultad, que se extiende también al resto de lenguas donde el término deriva del vocablo latino *cultus*, ha hecho que, a lo largo de la historia la palabra haya integrado un carácter esencialmente polisémico que hace difícil precisar de qué hablamos cuando hacemos referencia a ella [Para los profesionales del estudio de la cultura (los antropólogos sociales), el concepto de cultura está íntimamente relacionado con las nociones de regla, transmisión, aprendizaje y diversidad, es decir con la tercera de las definiciones a las que haremos referencia inmediatamente. Véase Díaz de Rada (2010)]. En las ciencias sociales el concepto adopta tres significados básicos que, para algunos autores, representan tres estadios distintos en el desarrollo del estudio académico sobre los asuntos humanos (Kurakin, 2017, p. 400). El primero de ellos hace referencia al “proceso general de desarrollo intelectual, espiritual y estético”; el segundo a las “obras y prácticas de la actividad intelectual y especialmente artística”; y el tercero a los “modos de vida” de “un pueblo, un periodo, un grupo o la humanidad en general” (Williams, 2000, p. 91). La concepción soviética de la cultura, adscrita a la primera definición, fijó parte importante de las coordenadas intelectuales donde se encarta el concepto de cultura política. En la medida en que, según Brown (1984b, p. 104), “[l]as referencias a personas como 'cultas' o 'incultas' (y la crítica a la mala educación o al comportamiento desviado como 'inculto') surgen con frecuencia en la conversación de los rusos”, para los investigadores de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, “la cultura [y sus conceptos derivados] jamás [perdieron] la C mayúscula” (Kurakin, 2017, p. 400). De hecho, a principios de la década de 1920 el propio Vladimir Lenin habló de cultura política como sinónimo de educación política (Lenin, 1978, p. 72). Si bien el dirigente bolchevique no desarrolló esta idea de una manera sistemática – y por tanto no puede considerarse como el verdadero introductor del concepto en la ciencia soviética –, es oportuno mencionar este hecho porque muchos de los politólogos soviéticos de la década de 1970 se referirán al maestro para justificar su interés por los temas de investigación designados por el concepto que nos ocupa (Brown, 1984, p. 104).

Por su parte, aunque la afirmación del sociólogo ruso Alexander Filippov según la cual Talcott Parsons fue el más grande sociólogo “soviético” sea, seguramente, exagerada, lo cierto es que, como se ha constatado en algunos artículos recientes, el estructural-funcionalismo, una de las grandes inspiraciones de Gabriel Almond y Sidney Verba, coexistió subterráneamente con el marxismo-leninismo en el intento frustrado de algunos sociólogos soviéticos por desarrollar una teoría de la cultura (Kurakin, 2017, p. 407). Más específicamente, tenemos noticia de que *La cultura cívica* fue un libro relevante tanto en la Unión Soviética como en otros países socialistas, siquiera como objeto de crítica (Wiatr, 1980, pp. 104-105). Sea como fuere, aunque desde el enfoque materialista auspiciado por el marxismo-leninismo “la lógica causal [de los procesos cultural-políticos] opera [...] en otro sentido [diferente al planteado por Almond y Verba, es decir] desde la estructura de clases a las actitudes políticas, el comportamiento político y el sistema institucional” (Llera, 1997, p. 50), es innegable que las elaboraciones conceptuales de los científicos socialistas estuvieron fuertemente mediadas por el trabajo seminal de los autores behavioristas (Wiatr, 1980, p. 106).

Atendiendo a lo dicho, puede establecerse que la definición más “canónica” del término es la contenida en la segunda edición del *Breve diccionario político*, obra que en 1980 ofrecía por

primera vez una entrada para este y otros “nuevos” conceptos como el de “pluralismo” y el de “ciencia política” (Brown, 1986, p. 455; Oníkov & Shishlin, 1983, pp. 340-341 y 60-61). Para los autores del diccionario, la cultura política era el:

Nivel y carácter de conocimientos, apreciaciones y acciones políticas de los ciudadanos, así como contenido y calidad de valores, tradiciones y normas sociales que regulan las relaciones políticas. La C. p. tiene una acusada orientación de clase. Así, en la sociedad burguesa existen la C. p. de la clase explotadora y la de la clase explotada, que se hallan en estado de lucha política. En el contexto del socialismo se formó una C. P. única, que se asienta en la comunidad de los intereses y necesidades políticos, en la coincidencia de la actitud de los distintos grupos y sectores de la población hacia el mecanismo existente del poder político. La expresión de la C. p. de la sociedad socialista son sus instituciones (el Estado, la democracia, la Constitución, el Derecho, etc.), que heredan todo lo mejor de las conquistas democráticas de los trabajadores y no dejan de desarrollarse y perfeccionarse. Estas instituciones desempeñan una serie de importantes funciones sociales. Una de éstas es la función educadora, cuya finalidad consiste en elevar el grado de información y competencia políticas de los ciudadanos con el objeto de apoyar su afán de la concienciación política de los procesos sociales. Otra función es la reguladora. Persigue el objetivo de asegurar la influencia de los ciudadanos sobre el proceso político y, en definitiva, su incorporación a este proceso. Por último, la función defensiva se expresa en la protección de los valores políticos del socialismo, que se corresponden con las exigencias del avance de la sociedad hacia la autogestión social comunista.

Sobre la base de la C. p. del socialismo se realiza la educación política, es decir, la difusión de los valores políticos reconocidos y defendidos por la sociedad socialista, con el objeto de que cada individuo se sienta ciudadano y tenga en alta estima su estatuto cívico. Únicamente en este caso el individuo puede revelar en plena medida sus cualidades ciudadanas y, desde la posición política formada, manifestar iniciativa y actividad políticas en el cumplimiento de las tareas planteadas ante el Estado y la sociedad y subordinar consciente y voluntariamente su propia conducta a las normas e instituciones políticas del socialismo. El PCUS ejerce constante influencia sobre la educación de una alta C. p. en cada ciudadano.” (Oníkov & Shishlin, 1983, pp. 130-131).

La inclusión de la cultura política en una obra como el *Breve diccionario*, con una tirada de medio millón de ejemplares por edición, es, sin duda, una muestra del súbito grado de reconocimiento del concepto (Brown, 1984, p. 106). No en vano, en un artículo publicado en *Pravda* un año antes de la aparición del diccionario, Shakhnazarov, a la sazón director de la Asociación Soviética de Ciencias Políticas, dijo que la cultura política era uno de los tres temas más importantes de la politología soviética junto con el estudio del Estado y el sistema político, y el estudio de la política extranjera y las relaciones internacionales (Almond, 1990°, p. 159). De hecho, la creciente trascendencia del concepto en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas redundó en la presencia de la categoría en campos allende la mera especulación teórica. Dos ejemplos serían el de la investigación empírica – donde cristalizó en investigaciones cuantitativas acerca de la juventud, del nuevo hombre socialista o de la sociedad soviética en su conjunto – y el discurso político oficial – apareciendo en algunas intervenciones públicas de los secretarios generales del PCUS Leonid Brézhnev y Yuri

Andrópov (Brezhnev, 1981, p. 82; Andrópov, 1983o, p. 219 y 1983b, p. 18) –. Según Brown, que llevó a cabo un provechoso estado de la cuestión a mediados de los años ochenta gracias a su conocimiento de la lengua rusa, no era infrecuente que dentro de los mismos trabajos hubiese tanto análisis de corte científico como afirmaciones más relacionadas con la “propaganda” que con la propia investigación. En cualquiera de los casos, los estudios de cultura política permitieron “dar peso a los factores políticos (incluido el subjetivo), en la Unión Soviética y otros países, que fueron comparativamente poco estudiados en la URSS en el pasado” (Brown, 1984, p. 111).

### **Conclusión: cultura política y marxismo, ¿Una relación posible?**

En el presente artículo nos hemos ocupado del desarrollo de los estudios de cultura política atendiendo a los contextos históricos, políticos, intelectuales e ideológicos en los que el concepto ha sido generado a los dos lados del antiguo “telón de acero”. Esta ejecución nos permitirá comparar la idiosincrasia de ambos términos y determinar hasta qué punto los estudios de cultura política son compatibles con un enfoque materialista.

Como hemos visto, en el ámbito académico norteamericano los estudios de cultura política nacen con la vocación práctica de contribuir a expandir la democracia liberal y el dominio de los EEUU en las naciones del Tercer Mundo. De todas las influencias intelectuales que recibieron los autores de este país, nosotros hemos señalado el behaviorismo y la teoría de la modernización como las dos más importantes. A dichos ascendientes habría que añadirle el influjo teórico de Talcott Parsons, que llevó a Gabriel Almond y Sidney Verba, autores de la archiconocida *La cultura cívica*, a concebir la cultura (y por extensión la cultura política) en términos cognitivos como un “conjunto de orientaciones hacia los objetos políticos” a la vez mensurable y susceptible de ser transformado.

En el ámbito académico soviético los estudios de cultura política se ponen en marcha para llevar a término, a nivel intelectual, los postulados fundamentales del XX Congreso del PCUS. Aunque influenciados por la obra de Almond y Verba, los autores soviéticos desarrollaron sus postulados teóricos al calor de una concepción romántica de la cultura y del enfoque materialista propio del marxismo-leninismo, el paradigma científico e ideológico imperante en la URSS. Por esta razón, la elaboración y desarrollo soviéticos del concepto fueron identificados por Almond y por otros politólogos occidentales como una versión crítica con la formulación original (Almond, 1990b: 144). Sea como fuere, los impulsores de los estudios de cultura política en el ámbito académico del socialismo real fueron miembros de la *intelligentsia* del PCUS cuya finalidad no fue únicamente científica sino también política. De hecho, los más importantes de ellos contribuyeron a dismantelar el materialismo histórico en los tiempos de la *perestroika*. Por ello, cabe preguntarse hasta qué punto el componente materialista de la nueva politología soviética (entre cuyas creaciones se encuentra el concepto de cultura política) no fue sino un elemento retórico. Sin duda, la respuesta a dicha pregunta determinará si los investigadores marxistas interesados por la temática de la cultura política han de volver la vista hacia el corpus especializado de los científicos soviéticos o, por el contrario, harían mejor en resignificar el concepto utilizando para ello las herramientas que nos brindan los integrantes del “desplazamiento teórico”.

## Referencias

- Almond, G. (1956). Comparative Political Systems. *The Journal of Politics*, 18(3), 391-409.
- Almond, G. (1990a). Communism and Political Culture Theory. En G. Almond (Ed.), *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science* (pp. 157-169). Newbury Park: Sage.
- Almond, G. (1990b). The Study of Political Culture. En G. Almond (Ed.), *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, 138-156. Newbury Park: Sage.
- Almond, G. y Verba, S. (1970). *La cultura cívica*. Madrid: Euramérica.
- Alzugaray, C. (2005). La ciencia política en Cuba: del estancamiento a la renovación (1980-2005). *Revista de Ciencia Política*, 25(1), 136-146.
- Andrópov, Yu. (1983a). Leninism: the Mainspring of the Revolutionary Energy and Creativity of the Masses. En Yu. Andrépov, *Speeches and Writings* (pp. 216-232). Oxford: Pergamon Press.
- Andrópov, Yu. (1983b). The Teachings of Karl Marx and the Problems of Socialist Construction in the USSR. *Soviet Studies in Philosophy*, 22 (2), 3-27.
- Baró, X. (2019). El marxismo-leninismo en el aula (I): de los orígenes hasta la muerte de Stalin (1953). *Temps d'Educació*, 57, 241-256.
- Baró, X. (2020). El marxismo-leninismo en el aula (II): la arterioesclerosis ideológica, de Jruschov a Gorbachov (1954-1990). *Temps d'Educació*, 59, 173-191.
- Battle, A. (1992). Introducción. En A. Battle (Ed.), *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona: Ariel.
- Blakeley, T. (1969). *La escolástica soviética*. Madrid: Alianza.
- Brezhnev, L. (1981). Report of the Central Comitee of the CPSU to the 26th Congress of the Communist Party of the Soviet Union and the Immediate Tasks of the Party in Home and Foreign Policy. En *Documents and Resolutions. The 26th Congress of the Communist Party of the Soviet Union* (pp. 5-103). Moscú: Novosti Press Agency.
- Brown, A. (1984). Soviet Political Culture Through Soviet Eyes. En A. Brown (Ed.), *Political Culture and Communist Studies* (pp. 100-114). Londres: Macmillan.
- Brown, A. (1986). Political Science in the URSS. *International Political Science Review*, 7 (4), 443-481.
- Brown, A. (2014). *Fedor Burlatsky obituary*. The Guardian. <https://1c.cx/Z0nKT6>
- Burlatsky, F. (1981). *Materialismo dialéctico*. Moscú: Progreso.

- Burlatsky, F. (1982). *Materialismo histórico*. Moscú: Progreso.
- Díaz de Rada, A. (2010). *Cultura, antropología y otras tonterías*. Madrid: Trotta.
- Diego, J. (2006). El concepto de “cultura política” en ciencia política y sus implicaciones para la historia. *Ayer*, 61 (1), 233-266.
- Engels, F. (1975). El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. En K. Marx y F. Engels. *Obras escogidas*, 2, 177-345. Madrid: Akal.
- Gellner, E. (1997). Un marxismo que podría haber sido. En E. Gellner, *Antropología y política. Revoluciones en el bosque sagrado* (pp. 159-181). Barcelona: Gedisa.
- Gramsci, A. (1974). *Antología*. México: Siglo XXI.
- Harnecker, M. (1969). *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. México: Siglo XXI.
- Hormigón, M. y Kara-Murza, S. (1990) Ciencia e ideología. *Llull: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, 13, 447-513.
- Kara-Murza, S. (1989). Ciencia y burocratismo: experiencia soviética. *Llull: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, 12, 397-414.
- Kurakin, D. (2017). The Sociology of Culture in the Soviet Union and Russia: The Missed Turn. *Cultural Sociology*, 11(4), 394-415.
- Kuusinen, O. (1964). *Fundamentos de marxismo-leninismo*. Moscú: Progreso.
- Kuhn, T. (2010). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lenin, V. (1978). Discurso pronunciado en la Conferencia de toda Rusia de las Comisiones de Educación Política de los Departamentos de Instrucción Pública provinciales y distritales. En V. Lenin, *Obras Completas. Tomo XXXIV* (pp. 67-76). Madrid: Akal.
- Llera, F. (1997). Enfoques en el estudio de la cultura política. En P. del Castillo e I. Crespo (Eds.), *Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos* (pp. 39-59). Valencia: Tirant lo Blanch.
- Markwick, R. (1994). Catalyst of Historiography, Marxism and Dissidence: The Sector of Methodology of the Institute of History, Soviet Academy of Sciences, 1964–68. *Europe-Asia Studies*, 46(4), 579-596.
- Martín García, O. (2015). Una utopía secular. La teoría de la modernización y la política exterior estadounidense en la guerra fría. *Historia y Política*, 34, 27-52.
- Marx, K. (2008). *Contribución a la crítica de la economía política*. Madrid: Siglo XXI.

- Marx, K. y Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo.
- Montgomery, I (2001). *Georgy Shakhnazarov*. The Guardian. <https://lc.cx/sPRUqP>
- Oníkov, L. y Shishlin, N. (1983). *Breve diccionario político*. Moscú: Progreso.
- Peña González, V., Rosano Alloza, M. y Pérez Serrano, J. (2023). «Comunistas y punto». Una aportación al debate sobre la ortodoxia en el comunismo español, 1968-1989. *Veguetas: Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 23 (1), [en prensa].
- Plain, E. (2005). La cultura política y su dimensión actual: una mirada desde el sur. En T. Fung (Coord.), *El estado del arte de la ciencia política* (pp. 276-285). La Habana: Editorial Félix Varela.
- Pye, L. y Verba, S. (Eds.). (1965). *Political Culture and Political Development*. New Jersey: Princeton University Press.
- Sandle, M. (1997). Georgii Shakhnazarov and the Soviet Critique of Historical Materialism. *Studies in East European Thought*, 49 (2), 109–133.
- Shakhnazarov, G. (1974a). *Socialist Democracy. Aspects of Theory*. Moscú: Progreso.
- Shakhnazarov, G. (1974b). *The Role of the Communist Party in Socialist Society*. Moscú: Novosti Press Agency Publishing House.
- Shakhnazarov, G. (1978). *A Look into the Future*. Moscú: Novosti Press Agency Publishing House.
- Shakhnazarov, G. (1979). *The Destiny of the World. The Socialist Shape of Things to Come*. Moscú: Progreso.
- Shakhnazarov, G. (1982). *Futurology Fiasco. A Critical Study of Non-Marxist Concepts of How Society Develops*. Moscú: Progreso.
- Stalin, J. [1938] (2017). Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico. En J. Stalin, *Obras escogidas* (pp. 593-626). Pamplona: Templando el Acero.
- Thompson, E. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- Valdés, J. (2003). Ciencia política: un estado de la disciplina. En R. Hernández (comp.). *Sin urna de cristal. Pensamiento y cultura en Cuba contemporánea* (pp. 147-163). La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.
- Valdés García, F. (2000). Cuba: del manual de Konstantinov a la aventura CTS. *Abaco. Revista de cultura y ciencias sociales*, 27-28, 167-174.
- Welch, S. (2013). *The Theory of Political Culture*. Oxford: Oxford University Press.

Wiatr, J. (1980). The Civic Culture from a Marxist-Sociological Perspective. En G. Almond y S. Verba (Eds.), *The Civic Culture Revisited* (pp. 103-123). Boston: Little, Brown and Company.

Williams, R. (2000). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

